

Traducción de Antonio Paneque.

LAS MUJERES DEL EVANGELIO

La revolucionaria normalidad con la que Jesús se relacionaba con las mujeres no debía estar muy bien vista en un mundo en el que se afirmaba que *"Quien habla mucho con una mujer, se convierte en causa de mal para sí mismo, descuida el estudio de la Ley y acaba en la Gehenna"*. Así induce a pensar igualmente una escena del evangelio de Juan, el momento en que los discípulos, habiendo hallado al Señor conversando con una samaritana, *"se asombraban de que estuviese hablando con una mujer"* (Jn 4,27).

¿Hablar con una mujer? ¿Cómo es posible? ¿Acaso no enseña la tradición que *"lo único que la mujer debe aprender es a usar el telar"*, y que *"la costumbre de la mujer es permanecer en casa"*, mientras que *"la costumbre del hombre es salir fuera y aprender de los hombres"*?

La mujer estaba excluida de la instrucción religiosa. Para los rabinos, tal exclusión estaba justificada por el hecho de que en la Biblia, en referencia a la Palabra de Dios, está escrito que *"la enseñaréis a vuestros hijos"* (Dt 11,19). Si el Señor hubiese querido que la enseñanza bíblica se extendiese también a las mujeres, habría añadido *"y a vuestras hijas"*, y sin embargo no lo hizo.

"Vale más que las palabras de la Ley sean devoradas por el fuego antes que enseñarlas a las mujeres", llegaban a afirmar los escribas, porque Dios *"no habló con ninguna mujer más que con aquella que era justa y también en aquella ocasión lo hizo por un motivo justificado"*. De hecho, el Señor, ofendido por la mentira inocente de Sara que, *"porque tenía miedo"*, negó haberse reído cuando le fue anunciado que iba a ser madre (Gen 18,1-15), no dirigió más la palabra a ninguna mujer.

La marginación de la mujer hebrea no se circunscribía solo a la esfera religiosa. Afectaba a su existencia entera desde el momento mismo del nacimiento. Según el Libro del Levítico, el nacimiento de una niña dejaba a la madre en una condición de impureza por un periodo de cerca de tres meses (Lv 12,-25). Por su particular condición fisiológica, la mujer vivía además en una situación de perenne contaminación (Lv 15,19-30), por lo que era considerada el ser humano más distante de Dios.

Es cierto que en muchas culturas el nacimiento de una niña no es precisamente

motivo de gozo ni ocasión de recibir parabienes (en italiano, por ejemplo, se solía decir *"Auguri e figli maschi!"*, o sea, "¡que te vaya bien y tengas hijos varones!"), pero en el mundo judío la cosa llegaba más lejos: la llegada de una hija era considerada como una auténtica desgracia, un infortunio grave, como escribe en su desconsuelo el autor del Eclesiástico: *"Una hija es para el padre un secreto desvelo, aleja el sueño la inquietud por ella. En su juventud, miedo a que se le pase la edad, si está casada, a que sea aborrecida. Cuando virgen, no sea mancillada y en la casa paterna quede encinta. Cuando casada, a que sea infiel, cohabitando, a que sea estéril"* (Eclo 42,9-10).

Las palabras del Talmud confirman este pesimismo: *"El mundo no puede existir sin machos y sin hembras, pero ¡feliz aquél cuyos hijos son varones y ay de aquél cuyas hijas son féminas!"*. Por si fuera poco, la oración que cada varón hebreo recitaba tres veces al día codificaba una tal visión negativa en relación a la mujer. Del siguiente modo daban gracias a Dios los varones: *"Bendito sea Aquél que no me ha hecho pagano, no me ha hecho mujer, no me ha hecho un hombre vulgar"*.

Cuando las familias tenían ya un par de hijas sentían gran temor ante la posible llegada de otra más; cuando esto sucedía, era una costumbre bastante común *exponer* a la neonata, es decir, abandonarla fuera del pueblo: *"Quedaste expuesta en pleno campo, porque dabas repugnancia, el día en que viniste al mundo"* (Ez 16,5). Y cuando la niña quedaba en el seno de la familia, era para criarla como sierva del padre y de los hermanos; después, hacia los doce años, se convertía en sierva del marido y, por último, de los hijos.

Así pues, en un contexto cultural como el descrito no puede dejar de resultar sorprendente el relieve excepcional que las mujeres adquieren en los evangelios. Mientras que los protagonistas masculinos del evangelio son casi todos negativos, los personajes femeninos son todos positivos, excepción hecha de las dos mujeres que los evangelistas nos presentan relacionadas con el poder: aquélla que lo ostenta, Herodíades, adúltera y asesina, y aquélla que lo anhela para sus hijos, la ambiciosa madre de los hijos de Zebedeo.

Las mujeres en los evangelios son presentadas como las primeras que han sabido acoger y comprender al Señor: desde la madre de Jesús, cuya grandeza no consiste en haber dado a luz al Señor, sino en que supo convertirse en discípula de su hijo, hasta Maria de Magdalena, primer testigo y anunciadora de la resurrección de Cristo.

En la lengua hebrea no se conocía un término para indicar *discípula*, sustantivo

éste que existía solo en género masculino. En tiempos de Jesús, la tradición enseñaba que *"el discípulo de los sabios no debe hablar con una mujer por la calle, ni tan siquiera si es su mujer, su hija, su hermana"*. Sin embargo, para Jesús *"ya no hay ni hombre ni mujer"* (Gal 3,28), existe sólo la persona humana que, como tal, merece respeto y dignidad independientemente de su identidad sexual.

Por esto, desoyendo lo estipulado por la tradición y la moral, Jesús asocia a su grupo también a *"algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades"* (Lc 8,1), y en los evangelios son las mujeres las protagonistas privilegiadas de las acciones del Señor. La primera persona a la que Jesús se manifestará como el Mesías esperado será una samaritana, un ser humano que en su condición de mujer, adúltera e impura era en realidad la menos creíble para confiarle una revelación tan importante. Del mismo modo, el único hecho que el Señor pide expresamente que sea conocido en todo el mundo no es otro que la acción que una mujer cumple hacia él: *"Yo os aseguro: dondequiera que se proclame la Buena Nueva, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho en memoria suya"* (Mc 14,9).

Si los discípulos varones desaparecieron de la escena en el momento de la crucifixión, las únicas testigos de su muerte fueron las mujeres: *"Había también unas mujeres mirando desde lejos, entre ellas, Maria Magdalena, Maria madre de Santiago el menor y de Joset, y Salomé, que le seguían y le servían cuando estaba en Galilea, y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén"* (Mc 15,40-41).

Los evangelistas afirman que las mujeres, además de *seguir* a Jesús, lo *servían*. De ningún discípulo se dice esto.

En la concepción religiosa del tiempo Dios habitaba en una *"luz inaccesible"* (1 Tm 6,16). Los seres que estaban más cerca de él eran los *ángeles del servicio*, los únicos que estaban siempre ante el Señor para servirlo.

En los evangelios los únicos seres que *sirven* a Jesús son los ángeles (*"y los ángeles lo servían"*, Mc 1,13) y las mujeres. Para los evangelistas, las mujeres no solo son iguales a los hombres, sino que desempeñan un papel superior, el mismo que los ángeles. De hecho, la acción de *"anunciar"*, prerrogativa exclusiva de los ángeles (los *anunciadores de Dios*), es en los evangelios tarea privilegiada de las mujeres. Solo a las mujeres encarga el *Angel del Señor* que anuncien la resurrección de Jesús: *"Y ahora id en seguida a decir a sus discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. Ya os lo he dicho». Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a llevar el*

anuncio a sus discípulos" (Mt 28,7-8).

Y precisamente la mujer, que la Biblia definía responsable de la muerte ("*Por la mujer fue el comienzo del pecado, y por causa de ella morimos todos*", Eclo 25,24), será el primer testigo de la vida: "*Fue Maria Magdalena y dijo a los discipulos: he visto al Señor!*»" (Jn 20,18).